



Arquidiócesis de Córdoba
Fraternidad de Grupos de Oración
RCC - Escuela de Formación



La Comunidad
*La Fraternidad en los
Grupos de Oración*



Obispo Trejo 29
Córdoba 5000



Consultas
secretariaecona@gmail.com



www.eventosrcc.com.ar
www.rcc-argentina.com.ar



Renovación Carismática
Católica Argentina -oficial



FRATERNIDAD DE GRUPOS DE ORACION CARISMATICOS
RENOVACIÓN CARISMÁTICA CATÓLICA
Arquidiócesis de Córdoba

Escuela de Formación RCC

SEGUNDO NIVEL

La fraternidad en los grupos de oración

✚ VIVIR EN EL ESPÍRITU

El libro de los Hechos de los Apóstoles ha sido llamado, con justicia, el «Evangelio del Espíritu Santo» pues son continuas las referencias al Espíritu que encontramos en este texto que narra el nacimiento de las primeras comunidades cristianas.

Sin duda, uno de los mayores testimonios que Lucas, autor del evangelio que lleva su nombre y de los Hechos (una misma obra en dos tomos según nos enseñan los biblistas), nos quiere transmitir es la animación constante del Espíritu de Jesús en la Iglesia naciente.



Desde las primeras comunidades hasta nuestros días, la vida de la Iglesia ha sido un continuo caminar en el Espíritu. Entre luces y sombras, como bien nos lo recuerdan los documentos eclesiales, vamos caminando en el intento de hacer vida el Evangelio de Jesús y servir a la construcción del Reino de Dios.

El tiempo de Pentecostés es una invitación a volver a las fuentes que dan vida a nuestra experiencia eclesial, para redescubrir y alimentar nuestra vocación de seguidores de Jesús.

Los dos primeros capítulos del libro de los Hechos nos acercan un itinerario certero a la hora de discernir el camino del Espíritu. En ellos encontramos varias claves fundamentales para la vida cristiana.

✚ La vida cristiana nace del testimonio de la Resurrección para el anuncio del Reino

«De hecho, se presentó a ellos después de su pasión y les dio numerosas pruebas de qué vivía. Durante cuarenta días se dejó ver por ellos y les habló del Reino de Dios»

Hech. 1, 3

La experiencia de fe tiene su origen en la resurrección de Jesús. Una nueva manera de vivir es posible porque Dios ha confirmado el camino señalado por su Hijo. Jesús instruye a los discípulos para que continúen su obra: el Reino.

- *¿Qué significa anunciar en nuestros días la Resurrección de Jesús?*
- *¿Nos dejamos enseñar por Jesús acerca del Reino, sus preferencias, sus opciones, su dinámica?*

✧ La vida cristiana es un nuevo nacimiento en el Espíritu prometido por el Padre

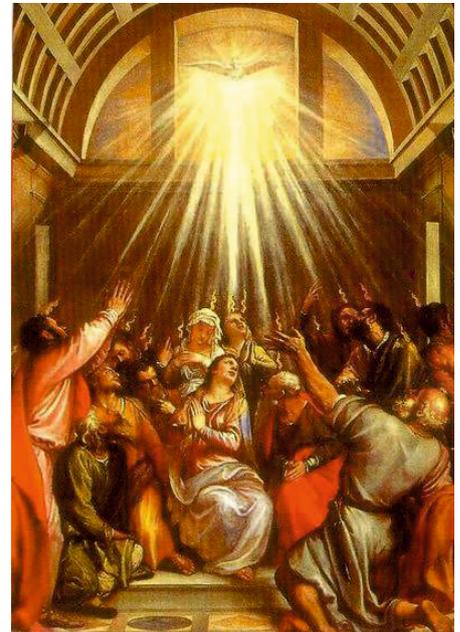
«En una ocasión en que estaba reunido con ellos les dijo que no se alejaran de Jerusalén y que esperaran lo que el Padre había prometido. Ya les hablé al respecto, les dijo: Juan bautizó con agua, pero ustedes serán bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días»

Hech. 1, 4-5

Ser cristiano es nacer de nuevo (releer Jn. 2). La vida nueva que anuncia Jesús es la vida en el Espíritu de Dios, la misma que Él experimentó y vivió.

El Padre nos promete para todos la experiencia de su hijo. Todos somos llamados a continuar sus pasos y actualizar su práctica. El Espíritu que recibimos en el bautismo nos brinda la semilla. Nuestra tarea es hacerla crecer y dar fruto.

- *Mi vida, ¿es animada y conducida por el Espíritu?*
- *Si no es así, ¿qué debo cambiar, en concreto, para lograrlo?*
- *¿Participo del espíritu que animaba a Jesús?*
- *¿Qué significa nacer de nuevo en mi propio caminar, en mi vida?*
- *¿Y en el caminar de mi comunidad?*



✧ La vida cristiana es dar testimonio de Jesús con la fuerza del Espíritu

«Pero recibirán la fuerza del Espíritu Santo cuando venga sobre ustedes, y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los extremos de la tierra».

Hech. 1, 8

Ser cristiano es ser testigo de Jesús.

Participar de su misión, anunciar el Reino y construirlo en esta tierra. El mismo Espíritu que animó a Jesús será nuestra fuerza y guía. Vivir tras los pasos de Jesús es animarse a seguir los pasos del Espíritu, que nos lleva a anunciar y dar testimonio desde lo conocido y cercano hasta lugares y situaciones que no hubiésemos imaginado.

- *Dar testimonio de Jesús en nuestra vida cotidiana no siempre es sencillo, ¿para qué puede darte fuerzas el Espíritu? ¿En qué te puede animar y dar coraje?*

- *El anuncio no se limita a lo conocido (Jerusalén, Judea... - para los discípulos -) sino que traspasa lugares y situaciones para ser conducidos por el Espíritu a todos los rincones del mundo, ¿adónde te está pidiendo Dios que anuncies su presencia? ¿En qué situaciones de tu barrio, ciudad, país... hace falta la presencia de cristianos comprometidos con el anuncio del Reino?*

✧ La vida cristiana no es quedarse estáticos mirando (esperando) el cielo, sino actuando en la tierra el don más grande: EL AMOR

«Ellos seguían mirando fijamente al cielo mientras se alejaba. Pero de repente vieron a su lado a dos hombres vestidos de blanco, que les dijeron: Amigos galileos, ¿qué hacen ahí mirando al cielo? »

Hech. 1, 10-11

La fuerza del Espíritu es para continuar la obra de Jesús. Los discípulos (como nosotros y todas las generaciones de cristianos) pueden sentir la tentación de quedarse «mirando al cielo». La Palabra de Dios nos enseña que la fuerza del Espíritu (prometida en el versículo anterior) es para anunciar y proseguir con valentía el mensaje de Jesús.

- *Volvé los ojos a la realidad, a las situaciones de nuestro tiempo: ¿qué está pidiendo Dios a los cristianos, para seguir los pasos de Jesús?*

✧ La vida cristiana es reunirse en comunidad para orar y discernir juntos

«Todos ellos perseveraban juntos en la oración en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos». Hech. 1, 14

Para ser capaz de anunciar a Jesús y dar testimonio del Reino en nuestros días es necesario orar y discernir. La primera comunidad se reúne para pedir fuerzas al Señor, para esperar el Espíritu que anima, conduce y fortalece, para discernir la voluntad de Dios en la realidad que se vive.

- *Animate a reunir a tu comunidad para orar en estos días previos a Pentecostés.*



✧ La vida cristiana es la vida del Espíritu de Jesús

«Todos quedaron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía que se expresaran».

Hech. 2, 4

La vida cristiana es caminar según el Espíritu.

Andar con el mismo ánimo, confianza, ideales, coraje, fe y esperanza que animaron a Jesús.

El Padre nos da el Espíritu con generosidad. Y recibimos ese Espíritu para anunciarlo, como los discípulos, según nuestras posibilidades y dones particulares.

Nadie puede quedar al margen del anuncio pues la vocación del cristiano tiene sentido si anuncia con su vida al Reino que Jesús anunció, y por el cual dió la vida y Dios lo resucitó.

- *¿Adónde y de qué manera te pide el Señor que anuncies su Reino... que presentes a Jesús?*

✧ La vida cristiana es una vida nueva, en comunidad solidaria

«Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la convivencia, a la fracción del pan y a las oraciones». Hech. 2, 42

«Todos los que habían creído vivían unidos; compartían cuanto tenían...» Hech. 2, 44



El primer sumario de la vida comunitaria nos enseña el ideal al cual caminar conducidos por el Espíritu. La vida en comunidad, unidos, compartiendo para que todos puedan vivir con dignidad, animados por la Palabra, la Eucaristía y la oración, es la vida a la cual el Espíritu nos invita. Recibimos su fuerza, su discernimiento, su presencia, para poder vivir como esta primera comunidad.

La utopía de Jesús es una humanidad nueva, un pueblo de hermanos... estos textos nos señalan el espejo donde mirarnos mientras buscamos concretarlo en nuestra realidad.

El testimonio de esta primera comunidad hace resonar en nuestros oídos las verdaderas preocupaciones de nuestro Dios, las cosas que le agradan y a las cuales nos invita a tener en cuenta y vivir (ver Is. 58, 1-10).

El Padre nos da el Espíritu de Jesús para poder vivir como hombres y mujeres nuevos.

- *En este tiempo que vivimos, ¿a qué te invita el Espíritu de Jesús? ¿qué nos pide el Señor cambiar en nuestra realidad?*
- *¿Qué desafíos, personales y comunitarios, plantea el vivir como discípulos de Jesús?*
- *Para vivir en el camino de la conversión, la justicia y la fraternidad real, ¿cuál puede ser tu aporte personal, con la ayuda del Espíritu del Señor, para lograr esa conversión, conseguir un poco más de justicia y caminar hacia la fraternidad?*

CULTURA DE PENTECOSTÉS

↳ Introducción:

El tema que he de abordar, de una u otra manera, nace de mi propia motivación y espiritualidad cargada de significado desde mi participación en el movimiento de Renovación Católica Carismática, que me lleva a anhelar, al igual que nuestros pastores reunidos en Aparecida, una pronta y cada vez mayor cultura de la vida, cultura de Pentecostés.

Juan XXIII cuando convocó el Vaticano II. En su oración para preparar el Concilio, el Papa Bueno hablaba con acierto de “un Nuevo Pentecostés”. Juan XXIII encontró una Iglesia institucional muy encerrada, atrincherada en su ciudadela santa, con mentalidad eurocéntrica y fuerte centralismo romano. Pero esta misma Iglesia estaba siendo provocada por una serie de elementos internos y externos que le exigían definirse. La V conferencia latinoamericana y del Caribe, al igual que sus predecesoras, buscan dar continuidad con este anhelo de renovación eclesial manifestada en su máximo esplendor en el Concilio Vaticano II. Pese a aquello son muchos los casos en que se prefiere desoír la voz de renovación y de diálogo para atrincherarse en el dogma y las cuestiones internas, olvidando que “lo que se exige hoy a la Iglesia es que difunda en las venas de la humanidad actual la virtud perenne, vital y divina del Evangelio”¹. De ahí que nuestros esfuerzos pastorales debieran apuntar en colaborar de manera eficiente a la Renovación continua de nuestra vida Eclesial, movidos por el mismo Espíritu que dio ardor a la misión evangélica de los primeros Discípulos y Misioneros².

↳ Cuerpo del Artículo:

“Con la luz del Señor Resucitado y con la fuerza del Espíritu Santo, Obispos de América nos reunimos en Aparecida, Brasil, para celebrar la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe.” Así comienza la introducción del documento conclusivo, mostrando desde su inicio la importancia y preponderancia del auxilio continuo del Poder del Espíritu Santo.



Frente a las nuevas circunstancias difíciles y confusas tanto en Latinoamérica como en el mundo, este documento impulsa un espíritu de “un nuevo Pentecostés”³. Nos dice en el n° 185: “En el fiel cumplimiento de su vocación bautismal el discípulo ha de tener en cuenta los desafíos que el mundo de hoy le presenta a la Iglesia de Jesús, entre otros: el éxodo de fieles a las sectas y otros grupos religiosos; las corrientes contrarias a Cristo y la Iglesia; el desaliento de sacerdotes frente

¹ Const. Humanae Salutis, 2

² Cf. Hch. 2

³ Cf: Mensaje Final, cap 5. del Documento Conclusivo de Aparecida

al vasto trabajo pastoral; la escasez de sacerdotes en muchos lugares; el cambio de paradigmas culturales; el fenómeno de la globalización y la secularización; los graves problemas de violencia, pobreza e injusticia; la creciente cultura de la muerte que afecta la vida en todas sus formas.”

Ahora bien, a que se refieren cuando dicen “Cultura de Muerte”. Este concepto hace mención a todos los males que afectan y dañan la dignidad de las personas y de la sociedad, destruyendo la vida, como el aborto, guerras, secuestros, toda clase de violencia, terrorismo, explotación sexual, narcotráfico, pobreza, desigualdad social. Son aquellos caminos que llevan a dilapidar los bienes recibidos de Dios, que se refleja en una cultura que busca aniquilar la presencia de Dios, animados por falsos ídolos como el poder, riqueza, placer efímero, etc.⁴



Para enfrentar todos estos desafíos, que el documento analiza en detalle, los Obispos nos recuerdan que es preciso renovar y revitalizar la novedad del Evangelio mediante un encuentro personal y comunitario con Jesucristo que suscite discípulos y misioneros. Nos dice que esto no depende tanto de grandes programas y estructuras, sino de hombres y mujeres nuevos que sean protagonistas de vida nueva para una América que quiere reconocerse con la luz y la fuerza del Espíritu. (nº 11)

Al hablar de un “nuevo Pentecostés” no se refiere solamente a un Pentecostés individual sino también a un Pentecostés eclesial. El nº 91 habla de un “kairos”, es decir, un momento en nuestra historia, en el que todos como Iglesia debemos reclamar y luchar por los derechos de los demás, especialmente de los más desposeídos.

Para poder desarrollar esta misión, dice en el nº 62: “La Iglesia necesita una fuerte conmoción que le impida instalarse en la comodidad, el estancamiento y en la tibieza...Esperamos un nuevo Pentecostés que nos libre de la fatiga, la desilusión, la acomodación al ambiente, una venida del Espíritu que renueve nuestra alegría y nuestra esperanza.”

Cabe pues preguntarnos hoy, ¿Dónde y cuándo se va a dar esto? Los Obispos nos dan la respuesta diciendo: “Es imperioso asegurar cálidos espacios de oración comunitaria que alimenten el fuego de un ardor incontenible⁵.”

Al leer estos primeros números del documento conclusivo sentía que hablaba éste de mi realidad comunitaria, del espíritu del movimiento en que participo. Buscar infatigablemente espacios de oración y si no existen, inventarlos, porque solo aquel que ame a Dios, buscara también intimidad con el mismo Dios del Amor.

Además María, nuestra Madre, cenáculo del Espíritu Divino tiene un lugar especial en el documento. En el nº 269 nos dice: “María es la gran misionera...ella trajo el Evangelio a nuestra América. En el acontecimiento guadalupano, presidió junto al humilde Juan Diego el Pentecostés que nos abrió a los dones del Espíritu.” Y continúan en el nº 270 recordándonos las palabras de Benedicto XVI: “El Papa vino a Aparecida con viva alegría

⁴ Cf. Nº 13 del Documento Conclusivo de Aparecida

⁵ Cf. nº 362 del Documento Conclusivo de Aparecida

para decirnos en primer lugar: Permanezcan en la escuela de María. Inspírense en sus enseñanzas. Procuren acoger y guardar dentro del corazón las luces que ella, por mandato divino, les envía desde lo alto.”

Después de enfocar temas de actualidad y de dar pautas y consejos para todos, el documento vuelve a insistir en la misma súplica: “No podemos desaprovechar esta hora de gracia. ¡Necesitamos un Nuevo Pentecostés!” (nº 548)...como diría un sacerdote amigo para concluir agregaría un jubiloso.....A..L..L..E..L..U..I..A!!!

Ahora bien, en que consiste este nuevo Pentecostés. Diremos que el sinónimo de “Cultura de Pentecostés o Nuevo Pentecostés” es el concepto “Cultura de Vida”, ya que el mismo Espíritu Santo vivifica todo. Por tal, buscamos al igual que nuestros pastores, animar a todos los cristianos, como decía el Papa Pablo VI, para que estos: “Pasen de la miseria a la posesión de lo necesario, a la adquisición de la cultura...a la cooperación en el bien común...hasta el reconocimiento, por parte del hombre, de los valores supremos y de Dios, que de ellos es la fuente y el fin”⁶

La propuesta del nuevo Pentecostés es impregnar la vida de todo hombre y mujer el Amor de Dios que viene a desarrollar en plenitud la existencia humana, tanto en su dimensión personal, familiar, social y cultural. Solo aquel que se ha dejado Amar por el Dios del Amor se dejara transformar en criatura nueva, siendo el mismo participe de la renovación de nuestra Iglesia y continente.

➔ **Conclusión:**

Al termino de este artículo recordamos la exhortación recibida que nos anima a alimentarnos de la Eucaristía en nuestro caminar, en la misma sintonía el documento termina con una oración del Papa Benedicto XVI: “Guiados por María, fijamos los ojos en Jesucristo, autor y consumidor de la fe, decimos con el sucesor de Pedro: “Quédate con nosotros Señor, porque atardece y el día ya ha declinado⁷.” Nos acogemos a esta oración para concluir nuestro informe, agradeciendo siempre la oportunidad de profundizar en la riqueza de nuestro magisterio a través de ésta y otras muchas clases, en pos de colaborar de manera eficiente al llamado de nuestros Obispos, hacer de nuestras culturas un reflejo de Pentecostés, donde las maravillas vistas en tiempo de los Apóstoles sean para nosotros signo de la instauración del Reino de Dios, que es Amor y Justicia.



⁶ Populorum progressio, 21

⁷ Lc. 24,29

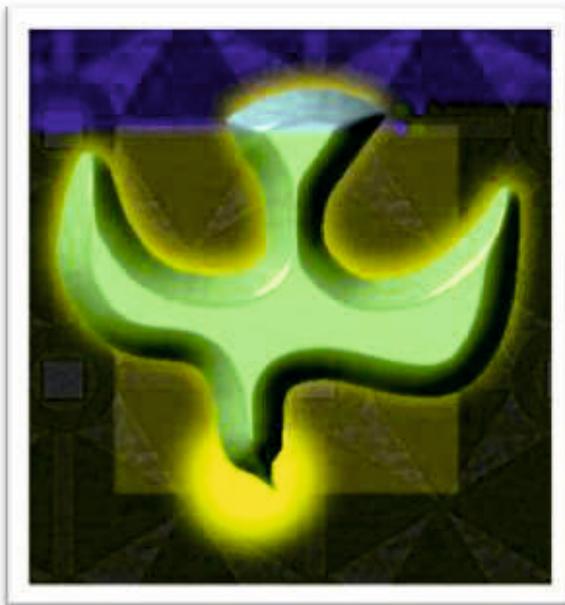
Queremos grupos de oración y comunidades que vivan continuamente el amor, la caridad y la reconciliación donde todos sus miembros sean acogidos, ayudados y creciendo en fe y verdad para ser Luz de Cristo para el Mundo. Ser signos visibles de la Misericordia de Dios Padre, vivir lo que significa ser Iglesia. Es necesario fortalecer la unidad de la comunidad, resaltando la identidad católica y carismática, sin excluir la formación humana. “La fe entusiasta que anima a sus comunidades es una gran riqueza, pero no basta. Debe ir acompañada por una formación cristiana sólida, completa y fiel al Magisterio de la iglesia; una formación que se base en la vida de oración, en la escucha de la Palabra de Dios y en la digna recepción de los sacramentos, especialmente de la Reconciliación y la Eucaristía. Para madurar en la fe, tenemos que crecer en el conocimiento de sus verdades. Si esto no sucede, se corre el peligro de caer en la superficialidad, en el subjetivismo extremo y en el engaño.” (Mensaje de SS Juan Pablo II, junio 1998). “Todas las comunidades y grupos eclesiales darán fruto en la medida en que la Eucaristía sea el centro de su vida y la Palabra de Dios sea faro de su camino y su actuación en la única Iglesia de Cristo.” (Documento Aparecida 180).

El Espíritu Santo en la Renovación Carismática

Por el Padre Diego JARAMILLO, C.I.M.

☞ ¿CÓMO ACTUA EL ESPÍRITU DE DIOS?

Creo que la respuesta se encuentra en los primeros capítulos de los Hechos de los Apóstoles.



Allí está la norma para los discípulos de todos los tiempos, y por lo tanto para nosotros los que seguimos a Jesús cuando comienza el tercer milenio de la historia cristiana.

Quisiera proponer como principio unificante de toda la actividad responsable de la Renovación ” la apertura a la acción del Espíritu Santo”. Sin la presencia del Espíritu de Dios, toda nuestra actividad se vuelve nada. Y con su fuerza, nuestra nada toma dimensiones insospechables de eficacia y de poder espiritual.

Creo, por lo demás, que los únicos que han dado un aporte serio a la Renovación de la Iglesia han sido los hombres llenos de Espíritu Santo. Esto es claro, porque no podemos construir una Iglesia diferente de la que el Espíritu Santo ha venido construyendo en veinte siglos.

☞ GUIADOS POR EL MAESTRO INTERIOR

El Espíritu Santo que lo ilumina todo y lo penetra todo, es quien nos da a conocer que Dios es un Padre, y que lo podemos llamar con el nombre tierno de ¡Abbá!

El Espíritu Santo es el que nos da a conocer el misterio de la Encarnación de Jesucristo. Él es el que nos permite llamar a Jesús con el nombre de Señor.

El Espíritu Santo es el Maestro Interior. Nos enseña desde su cátedra del cielo y desde la cátedra que tiene en cada corazón. Él puede revelarnos el misterio de amor que es Dios Padre, y el misterio de salvación que es Jesús.

El Espíritu es el que facilita el diálogo nuestro con Dios. Él enciende en cada uno de nosotros la oración como si fuera una lámpara. Guiada en su plegaria por el Espíritu, la Iglesia se convierte en la sociedad de la alabanza, en la asamblea de la doxología. Por eso cuando la Iglesia nació, como cuando nació Jesús, todas las personas que conocían ese misterio, alababan al Señor.

El evangelio de Lucas nos cuenta que cuando Jesús nació, María alababa al Señor, Isabel, Zacarías, Simeón, Ana, los ángeles: todos alababan al Señor movidos por el Espíritu.

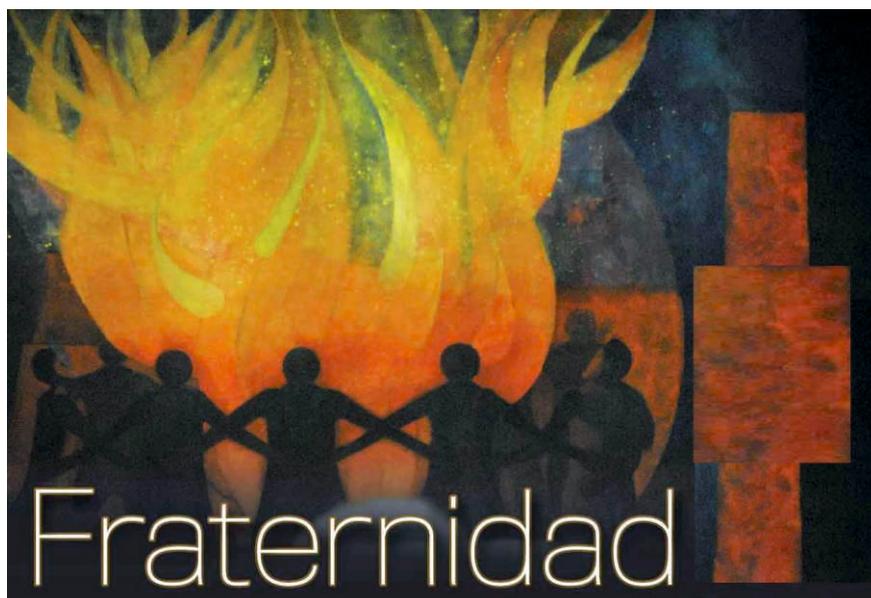
Cuando la Iglesia nació, los apóstoles llenos de Espíritu santo contaban las maravillas de Dios y los hombres en la casa de Cornelio, y aquellos hombres por los que Pablo oró en Efeso, todos alababan al Señor.

El Espíritu Santo necesariamente conduce a la oración de la alabanza. Idéntica afirmación podemos hacer cuando hablamos de la oración de petición. Pablo nos dice en la carta a los Romanos que nosotros no sabemos pedir lo que necesitamos, mas el Espíritu de Dios gime en nosotros con gemidos inefables. Él suplente la deficiencia que tenemos e intercede a Dios por sus santos.

☞ EL ESPÍRITU DA TESTIMONIO DE JESÚS

El Espíritu Santo fue el que hizo los primeros testigos y los de siempre: Los testigos de la Resurrección. Así lo había prometido Jesucristo y así cumplió el Espíritu Santo abriendo los ojos y haciendo arder el corazón de los Apóstoles, dándoles valentía para que pudieran testificar.

El Espíritu santo solamente sabe hablar



de Jesucristo. El espíritu Santo no centra en sí la atención. No hay peligro que una comunidad realmente animada por el Espíritu Santo olvide a Jesús, pues el Espíritu Santo es el primer panegirista de Jesús. Él es el primer evangelizador, Él es el primer catequista, Él es la “memoria viva” de la Iglesia, que impide a la Iglesia tener amnesia de Jesús.

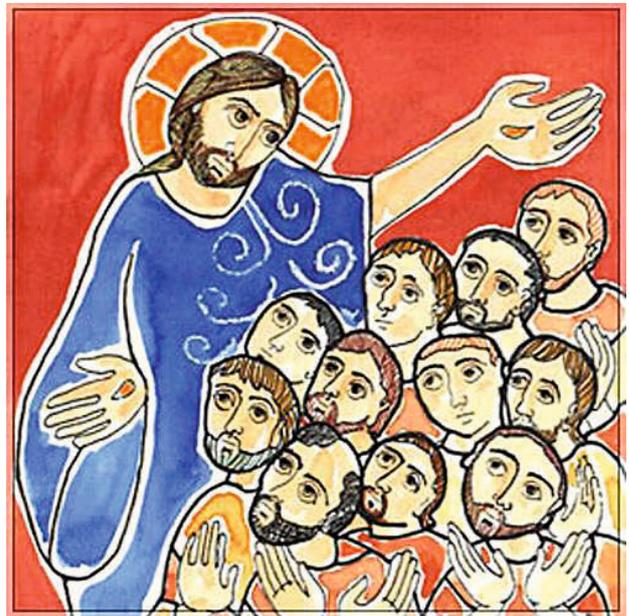
El Espíritu Santo era el que le daba poder a Jesucristo para expulsar los demonios. El Espíritu Santo fue el que llevó a Jesús hasta la Cruz; es el que lo hizo Cristo y Señor para la Gloria del Padre. El Espíritu Santo es el regalo que Jesús desde la derecha del Padre puede derramar sobre su Iglesia. El Espíritu Santo es el que sigue encendiendo corazones y entendimientos de todos los discípulos en los veinte siglos de la Iglesia, en el conocimiento, en el amor y en el compromiso con Jesucristo.

✞ EL ESPÍRITU Y LA IGLESIA

El Espíritu Santo es el que impulsa la construcción de la Iglesia. Jesús puso los cimientos; el Espíritu Santo dio la vida. Él es como el alma para la Iglesia, el corazón de la Iglesia, cofundador de la Iglesia, y por eso no se pueden separar Iglesia y Espíritu Santo.

Dice el padre Congar que “separar Iglesia y Espíritu, no sólo sería una herejía, sino sobre todo un tremendo error pastoral”.

Por eso cuando proclamamos en el Credo, “Creo en el Espíritu Santo, en la Santa Iglesia Católica” deberíamos suprimir la pausa, porque Espíritu e Iglesia no son dos realidades paralelas, objeto de nuestra fe, sino que creemos que el Espíritu Santo habita en la Iglesia, que el Espíritu Santo vive en la Iglesia, que la Iglesia es como la casa donde se respira el aire del Espíritu Santo, la única fragancia que debe existir en la Iglesia Católica es la que da el Espíritu de Dios. Por eso dicen los antiguos: “donde está la Iglesia, allí el Espíritu y toda gracia”



✞ LA ACCIÓN FECUNDA DEL ESPÍRITU

La acción del Espíritu Santo se percibe en la Iglesia de muchas maneras: Él es el Espíritu de verdad, el que habló por los profetas, el que inspiró las Escrituras, el que iluminó a los Apóstoles; por eso, la Palabra de Dios se llama la espada del Espíritu, y la predicación se denomina el ministerio del Espíritu.

Él es el abogado, el que asiste, consuela, habla en las cárceles y tribunales por los discípulos que no saben que decir. Él es como le llamaban los antiguos: “el entrenador de los mártires, el entrenador de testigos”.

El Espíritu santo es Espíritu de Vida. La Iglesia lo invoca como Espíritu Creador; él es el dedo de Dios, dice un himno de la Liturgia. Él, incesante, produce cosas nuevas, cielos nuevos, tierra nueva, vida nueva, hombres nuevos. Él renueva la faz de la tierra; Él renueva todas las cosas. Él no se cansa, no se fatiga; es infatigable el Espíritu de Dios. Él está siempre creando, él es como un poeta, el poeta en la Santísima Trinidad. Está haciendo siempre sorpresas. Tenemos que estar siempre preparados ante las sorpresas que hace el Espíritu Santo.

∞ EL ESPÍRITU NOS UNE EN EL AMOR

El Espíritu Santo es el espíritu de la unidad. Él es el beso casto del Padre y del Hijo. Él es “el nosotros de Dios”, y también es “el nosotros de los hombres” congregados en la Iglesia, es decir, nos permite decir “nosotros” como si fuéramos un solo cuerpo. Él es, dice el padre Mühlen: una persona en dos personas, el Padre y el Hijo. Él es una Persona en muchas personas, en todos nosotros.

Él unió la naturaleza divina con la humana en Jesús. Él es especialista de unidad. Él es como el “cemento de unidad”. Él posibilita la comunión entre los hombres y Dios. Él es el que hace la comunión de los Santos.

Él es espíritu de Amor. Él es el Amor de Dios, derramado en nuestros corazones, que nos permite amar a Dios y a los hermanos. Él da la fuerza para amar hasta el extremo, para dar la vida, para comprometer la vida, para servir superando egoísmos, para dar y para compartir. El fruto de la presencia del Espíritu es el Amor.

Él es el que manifiesta en la Eucaristía el amor de Dios y la fe del hombre. Por eso en la Eucaristía hay una especial presencia del Espíritu de Dios; por eso algunos han llamado a la Eucaristía: “el don del Espíritu o la delicia del Espíritu”. Por eso, cuando el diácono Efrén repartía la Eucaristía, decía: “recibe el Cuerpo de Cristo y el Fuego del Espíritu”.

El Espíritu Santo es espíritu de Santidad. Él es el que perdona los pecados. Como dice la Liturgia en los días de Pascua: “Él es la Reconciliación de los pecados, el cambia el corazón de piedra en corazón de carne; es el agua que da vida y fecundidad.” Transforma en Cristo y hace que nuestra palabra, mirada y vida, transparenten la presencia de Jesús, porque si el fuego exterior nos ilumina con sus resplandores, el fuego interior nos va transformando cada día haciéndonos crecer de gloria en gloria.



✠ UNA GRACIA

Una comunidad no surge del mismo modo que una asociación, mediante la voluntad de los hombres y mujeres que se han elegido unos a otros de acuerdo a una inclinación o meta común. Una comunidad nace de la llamada del Espíritu Santo, por la gracia. No somos nosotros los que nos elegimos unos a otros, es el Señor mismo el que llama y reúne a la gente de diferentes edades, procedencias y profesiones. Vemos esto en el Evangelio, donde Jesús llamó a hombres tan diferentes como Simón, el pescador, Simón el Zelote y Mateo el publicano. En los comienzos de la Iglesia, en los Hechos de los Apóstoles, la comunidad cristiana de Jerusalén se describe como nacida de la gracia de Pentecostés y del don del Espíritu. Hch.2:44 "Todos los creyente vivían unidos y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y los repartían según la necesidad de cada uno." No dice que lo compartían todo para vivir en comunidad, sino que su fe común en Jesús vivo y resucitado en medio de ellos, les lleva a vivir como hermanos y hermanas, y a compartir las alegrías y las penas de los demás e incluso sus posesiones. La fe no puede nunca vivirse sola, parte hacia otros. La fe en Cristo resucitado nos lleva a vivir con otros en la Iglesia y en comunidades que están abiertas y dan la bienvenida al mundo - un mundo en el que el poder amoroso y creativo del Padre nunca deja de operar.



✠ UNA GRACIA DE PENTECOSTÉS

No es sorprendente que la Renovación Carismática, cuya profunda vocación es ser recordatorio de la importancia de la gracia de Pentecostés en el corazón de la Iglesia, sea una rama de la Iglesia fuertemente comunitaria. Esta gracia de la comunidad no refleja miedo al mundo ni es un refugio. Aquellos que dicen que no saben lo que es la vida en comunidad - bonito pero duro; bonito porque es el Señor el que nos hace y el que nos reúne, el que nos da la gracia de la comunión; pero también duro porque es un lugar que exige conversión. Vivir bajo la mirada de nuestros hermanos y hermanas nos conduce a vivir con sinceridad, sin máscaras ni esfuerzos visibles. La gracia de la comunidad, que es uno de los frutos de Pentecostés y de los dones del Espíritu Santo, es necesaria para la vida de la Iglesia, porque es una parte integral de la gracia de la evangelización que es la verdadera misión de toda la Iglesia. "La Iglesia se ha hecho para evangelizar". La Palabra de Dios insiste en ello: "Ved como se aman" y "Por el amor que os tengáis unos a otros, reconocerán que sois mis discípulos". No hay evangelización sin amor fraterno, amor que se encarna en vida eclesial, vida fraternal, en vida de comunidad. Una comunidad nace y crece cuando los hermanos y hermanas se comprometen con el Señor y unos con otros.

EN GRUPOS DE ORACIÓN

Esta vida fraternal no está solamente dirigida a aquellos que viven en comunidad, debería ser deseada por todos los cristianos, particularmente por los que están en grupos de oración. La vida fraternal en los grupos de oración viene del hecho de que reconocemos, vivo y resucitado en medio de nosotros, a Cristo, que nos ha reunido, que nos ha hecho uno. Hay tanto que nos hace diferentes unos de otros: edad procedencia, diferentes vocaciones y compromisos. Nosotros no nos elegimos unos a otros y aún entre todos aquellos que rezan juntos el Señor crea un vínculo de amor y caridad que permanece a pesar de nuestros límites, nuestras debilidades, nuestros pecados. Los lazos de comunión ideal o amor ideal no existen. Un grupo de oración perfecto o una comunidad perfecta no existe. El obstáculo más significativo para el crecimiento y la eficacia evangelizadora de los grupos es que si yo tengo una imagen perfecta de un grupo de oración, quiero imponerlo a los demás (aquí está la diferencia entre gracia y modelo). Mientras siga viendo las cosas de este modo, nunca seré feliz, nunca estaré satisfecho con el grupo o con la oración, no seguiré para el Señor o para los demás, sino para mí mismo, para reafirmar una imagen de perfección y me volveré imposible, siempre quejándome y criticando. Aceptar, como el publicano del Evangelio, que soy un ser limitado y un pecador, me ayudará a ponerme en la dirección correcta, me llevará hacia el verdadero encuentro con Cristo y con los demás; ya no iré más a las reuniones de oración para mí mismo sino para Cristo y para los demás. La misión principal de los dirigentes, de los grupos centrales y otras personas con responsabilidades es construir la comunidad y construir la vida de comunidad de los grupos. Su tarea no es organizar el grupo como una bien estructurada asociación, sino más bien ayudar a sus hermanos y hermanas a recibir el don de Dios, el don del Espíritu Santo que creó estos lazos de comunión. Lo esencial es que cada uno debería sentirse amado y reconocido como individuo, que cada uno tiene su lugar. Tanto si hay personas que se sienten débiles, deberían sentir que tienen su lugar dentro del grupo de oración. El grupo de oración no se refiere a la eficacia o al beneficio. Es más bien un lugar donde la gente puede simplemente ser amada y puede descubrir que tienen un corazón que todavía puede amar. Si el grupo de oración -en sus sesiones de oración así como en reuniones de compartir la fe- es este lugar, la gente saldrá con nueva energía y renovados. Cada persona será capaz de ir y dar como son capaces, donde viven, en sus familias, en sus trabajos o en sus parroquias.

EN LA IGLESIA

Esta comunión fraternal se lleva a cabo en la comunión con la Iglesia. El punto principal no es hacer cosas en la Iglesia, sino estar en su corazón a través del amor (recordad la explicación de Sta. Teresa de Lisieux de su vocación: "En el corazón de la Iglesia, madre mía, seré amor"). Si hemos comprendido esto, si hemos rezado por ello e íntimamente acogido este concepto, estaremos menos tentados como parte de la Iglesia a buscar el reconocimiento de nuestro obispo o de la iglesia diocesana en vez de simplemente amar



a esta Iglesia, servirla y formar parte de su vida. Los Grupos de oración en las diversas diócesis no son capillas individuales, son una parte integral de la Iglesia diocesana. "Una diócesis es una parte del Pueblo de Dios confiada a un obispo para que la guíe con la

ayuda de su clero, para que leal a su pastor y formada por él en una comunidad en el Espíritu Santo a través del Evangelio y la Eucaristía, constituya una iglesia particular en la que la Iglesia de Cristo, una, santa, católica y apostólica, esté verdaderamente activa y presente." (Christus Dominus nº 11). Obispos, sacerdotes, el Evangelio - en el Espíritu Santo - la Eucaristía. Pertenecer a la Iglesia diocesana no es pertenecer a una estructura, es vivir por el don del Espíritu Santo. La Iglesia universal no es la yuxtaposición o la suma de todas las iglesias individuales, sino que cada Iglesia individual, a través de ministerio de la Comunión del Obispo está en comunión con toda la Iglesia, en comunión mediante su principal agente que es el Espíritu Santo, el Espíritu de la Comunión. La Renovación por su parte, participa en la renovación de la gracia de Pentecostés, de la gracia de la comunidad que está trabajando con toda la Iglesia desde el Concilio Vaticano II. La vida de Comunidad es una gracia poderosa que se vive en medio de la fragilidad de sus miembros. No tengamos miedo de cosas como la crítica, los límites; recordémonos que el Señor puede mostrarnos toda la fuerza de su poder a través de nuestra debilidad y nuestra pobreza.

Pablo VI «Nada es más necesario para un mundo cada vez más secularizado que el testimonio de esta "renovación espiritual", la cual vemos gracias a la obra que el Espíritu Santo realiza hoy en día en las más diversas regiones y ambientes. Sus manifestaciones son muy variadas: profunda comunión de las almas; contacto íntimo con Dios por la fidelidad a los compromisos contraídos en el bautismo; la oración que es, a menudo, oración comunitaria, en la que cada uno, expresándose libremente, ayuda, apoya y alimenta de la oración de los demás, y, en la base de todo, una convicción personal. Esta convicción tiene su origen no solo en la enseñanza recibida por la fe, sino también por una cierta experiencia de la vida real, en concreto, que sin Dios, el hombre no puede hacer nada, que con él, por el contrario, todo es posible. [...] ¿Cómo no podría esta "renovación espiritual" ser una oportunidad para la Iglesia y el mundo? ¿Y cómo, en este caso, no se podría buscar todos los medios para asegurar que siga siendo así?» (Discurso del papa Pablo VI a los participantes de la Segunda Conferencia Internacional de Líderes de la Renovación Carismática Rome, 19 de mayo de 1975).



JUAN PABLO II: «El movimiento carismático católico es uno de los muchos frutos del concilio Vaticano II que, como un nuevo Pentecostés, ha suscitado en la vida de la Iglesia un extraordinario florecimiento de asociaciones y movimientos, particularmente sensibles a la acción del Espíritu. ¿Cómo no dar gracias por los grandes frutos espirituales que la Renovación ha producido en la vida de la Iglesia y en la vida de tantas personas? ¡Cuántos fieles laicos, hombres y mujeres, jóvenes, adultos y ancianos, han podido experimentar en su vida la sorprendente fuerza del Espíritu y de sus dones! ¡Cuántas personas han redescubierto la fe, el gusto por la oración, la fuerza y la belleza de la palabra de Dios, traduciendo todo esto en un generoso servicio a la misión de la Iglesia! ¡Cuántas vidas han cambiado totalmente! Por todo ello, hoy, junto con vosotros, quiero alabar y dar gracias al Espíritu Santo.» (Discurso del Santo Padre Juan Pablo II a los responsables nacionales de la Renovación en el Espíritu en Italia Roma, 4 de abril de 1998).



BENEDICTO XVI : «Como ya he afirmado en otras circunstancias, los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades, que han florecido después del concilio Vaticano II, constituyen un don singular del Señor y un valioso recurso para la vida de la Iglesia. Es preciso acogerlos con confianza y valorarlos en sus diferentes contribuciones que han de ponerse al servicio de la utilidad común de manera ordenada y fecunda. Es de gran interés vuestra reflexión actual sobre el carácter central de Cristo en la predicación, así como sobre la importancia de “los carismas en la vida de la Iglesia particular”, haciendo referencia a la teología paulina, al Nuevo Testamento y a la experiencia de la Renovación Carismática. Lo que vemos en el Nuevo Testamento sobre los carismas, que surgieron como signos visibles de la venida del Espíritu Santo, no es un acontecimiento histórico del pasado, sino una realidad siempre viva: el mismo Espíritu divino, alma de la Iglesia, actúa en ella en todas las épocas, y sus intervenciones, misteriosas y eficaces, se manifiestan en nuestro tiempo de manera providencial. Los movimientos y las nuevas comunidades son como irrupciones del Espíritu Santo en la Iglesia y en la sociedad contemporánea. Entonces podemos decir muy bien que uno de los elementos y de los aspectos positivos de las comunidades de la Renovación Carismática Católica es precisamente la importancia que en ellas tienen los carismas o dones del Espíritu Santo y su mérito consiste en haber recordado en la Iglesia su actualidad.» (Discurso de Su Santidad Benedicto XVI a los participantes del encuentro organizado por la Fraternidad Católica de Comunidades y Asociaciones Carismáticas de Alianza Roma, 31 de octubre de 2008).



VIGILIA DE PENTECOSTÉS

PALABRAS DEL SANTO PADRE FRANCISCO

*Circo Máximo, Roma
Sábado 3 de junio de 2017*



Hermanos y hermanas, gracias por el testimonio que estáis dando hoy, aquí: Gracias. Nos ayuda a todos, me ayuda también a mí, ¡a todos!

En el primer capítulo del libro de los Hechos de los Apóstoles leemos: «Una vez que comían juntos les recomendó: No os alejéis de Jerusalén; aguardad que se cumpla la promesa de mi Padre, de la que yo os he hablado. Juan bautizó con agua, dentro de pocos días vosotros seréis bautizados con Espíritu Santo» (1, 4-5).

Y «al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en el mismo lugar. De repente, un ruido del cielo, como de un viento recio, resonó en toda la casa donde se encontraban. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se repartían, posándose encima de cada uno. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en lenguas extranjeras, cada uno en la lengua que el Espíritu le sugería» (Hch 2, 1-4).

Hoy estamos aquí como en un Cenáculo a cielo abierto, porque no tenemos miedo: a cielo descubierto, y también con el corazón abierto a la promesa del Padre. Estamos reunidos «todos los creyentes», todos los que profesamos que «Jesús es el Señor», «*Jesus is the Lord*». Muchos han venido de distintas partes del mundo y el Espíritu Santo nos ha reunido para establecer lazos de amistad fraterna que nos alienten en el camino hacia la unidad, la unidad



para la misión: no para estar quietos, ¡no!, para la misión, para proclamar que Jesús es el Señor —«*Jesus is the Lord*»—, para anunciar juntos el amor del Padre por todos sus hijos. Para anunciar la Buena Nueva a todos los pueblos. Para demostrar que la paz es posible. No es fácil demostrar al mundo actual que la paz es posible, pero en el nombre de Jesús podemos demostrar con nuestro testimonio que la paz es posible. Pero es posible si nosotros estamos en paz unos con otros. Si nosotros acentuamos las diferencias, estamos en guerra entre nosotros y no podemos anunciar la paz. La paz es posible a partir de nuestra confesión que Jesús es el Señor y de nuestra evangelización por este camino. Es posible. Aun mostrando que tenemos diferencias —pero esto es obvio, tenemos diferencias—, pero queremos ser una *diversidad reconciliada*. Así es, esta palabra no tenemos que olvidarla sino pronunciarla a todos: diversidad reconciliada. Y esta palabra no es mía, no es mía. Es de un hermano luterano. Diversidad reconciliada.

Y ahora estamos aquí, y somos muchos. Nos hemos reunido a orar juntos, a pedir la venida del Espíritu Santo sobre cada uno de nosotros para salir a los caminos de la ciudad y del mundo a proclamar juntos el señorío de Jesucristo.

El libro de los Hechos dice: «Entre nosotros hay partos, medos y elamitas, otros vivimos en Mesopotamia, Judea, Capadocia, en el Ponto y en Asia, en Frigia o en Panfilia, en Egipto o en la zona de Libia que limita con Cirene; algunos somos forasteros de Roma, otros judíos o prosélitos; también hay cretenses y árabes; y cada uno los oímos hablar de las maravillas de Dios en nuestra propia lengua» (2, 9-11). Hablar la misma lengua, escuchar, entender... Existen las diferencias, pero el Espíritu nos ayuda a entender el mensaje de la resurrección de Jesús en nuestra propia lengua.

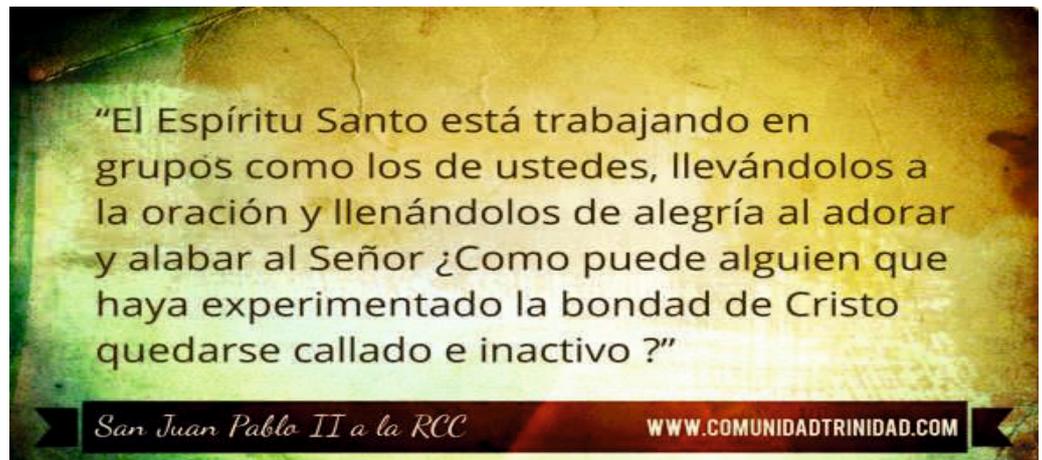
Estamos reunidos aquí creyentes de 120 países del mundo, celebrando la obra soberana del Espíritu Santo en la Iglesia, que comenzó hace 50 años y dio comienzo... ¿a una institución? No. ¿A una organización? No. A una corriente de gracia, a la corriente de gracia de la Renovación Carismática Católica. Obra que nació... ¿católica? No. Nació ecuménica. Nació ecuménica porque el Espíritu Santo es el que crea la unidad, y es el mismo Espíritu Santo el que inspiró que fuera así. Es importante leer las obras del cardenal Suenens sobre esto: es muy importante.

La venida del Espíritu Santo convierte a hombres encerrados por miedo, en testigos valientes de Jesús. Pedro, que había negado a Jesús tres veces, lleno del poder del Espíritu Santo, proclama: «Todo Israel esté cierto de que al mismo Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor y Mesías». (*Hch* 2,36). Y esta es la

profesión de fe de todo cristiano. Dios ha constituido Señor y Cristo a aquel Jesús que vosotros habéis o que ha sido crucificado. ¿Estáis de acuerdo con esta profesión de fe? [responden: «¡Sí!»]. Es nuestra profesión, de todos, todos, la misma.

La Palabra sigue diciendo: «Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno». Vendían: ayudaban a los pobres. Había algunos astutos, pensemos en Ananías y Safira, siempre los hay, pero todos los creyentes, la mayoría, se ayudaban. «A diario acudían al templo todos unidos, celebraban la fracción del pan en las casas y comían juntos

alabando a Dios con alegría y de todo corazón; eran bien vistos de todo el pueblo y día tras día el Señor iba agregando al grupo los que se iban salvando» (2, 44-47). La comunidad crecía, y el Espíritu



inspiraba. Me gusta mucho recordar a Felipe, cuando el ángel le dice: «Ve al camino de Gaza y encuentra a un prosélito, ministro de la economía de la reina de Etiopía, Candace». Era un prosélito y leía a Isaías. Y Felipe le explicó la Palabra, proclamó a Jesús, y aquél se convirtió. Y a un cierto punto, dice: «Aquí hay agua: quiero ser bautizado». Fue el Espíritu el que empujó a Felipe a ir allí, y desde el comienzo ha sido el Espíritu el que ha empujado a todos los creyentes a proclamar al Señor.

Hoy, hemos elegido reunirnos aquí, en este lugar —lo ha dicho el pastor Traettino—, porque aquí, durante las persecuciones, fueron martirizados algunos cristianos, para entretenimiento de los que miraban. Hoy hay más mártires que ayer. Hoy hay más mártires, cristianos. Los que matan a los cristianos, antes de matarlos no les preguntan: «¿Eres ortodoxo?, ¿eres católico?, ¿eres evangélico?, ¿eres luterano?, ¿eres calvinista?». No. «¿Eres cristiano?» —«Sí»: degollado, inmediatamente. Hoy hay más mártires que en los primeros tiempos. Y este es el ecumenismo de la sangre: nos une el testimonio de nuestros mártires actuales. En diversos lugares del mundo la sangre cristiana es derramada. Hoy es más urgente que nunca la unidad de los cristianos, unidos por el poder del Espíritu Santo, en la oración y la acción por los más débiles. Caminar juntos, trabajar juntos. Amarnos. Amarnos. Y juntos intentar explicar las diferencias, ponernos de acuerdo, pero caminando. Si nos quedamos quietos, sin caminar, nunca, nunca nos pondremos de acuerdo. Es así, porque el Espíritu nos quiere en camino.

50 años de la Renovación Carismática Católica. Corriente de gracia del Espíritu. Y, ¿por qué corriente de gracia? Porque no tiene ni fundador, ni estatutos ni órganos de gobierno. Claro que en esta corriente han nacido múltiples expresiones que, ciertamente, son obra humana inspirada por el Espíritu, con carismas distintos y todas al servicio de la Iglesia. Pero a la corriente no se le pueden poner diques, ni se puede encerrar al Espíritu Santo en una jaula.

Han pasado 50 años. Cuando llegamos a esa edad las fuerzas comienzan a decaer. Es la mitad de la vida —en mi tierra decimos «el cincuentazo»—, las arrugas se hacen más profundas —a no ser que tú te maquilles, pero las rugas están—, las canas se multiplican y también empezamos a olvidarnos de algunas cosas...

50 años es un momento de la vida para detenerse y hacer una reflexión. Es el momento de la reflexión: la mitad de la vida. Y yo os diría: es el momento de seguir adelante con más fuerza, dejando atrás el polvo del tiempo que hemos dejado acumular, agradeciendo lo recibido y enfrentando lo nuevo con confianza en la acción del Espíritu Santo.

Pentecostés da nacimiento a la Iglesia. El Espíritu Santo, la promesa del Padre anunciada por Jesucristo, es quien hace la Iglesia: la esposa del Apocalipsis, una sola esposa. Lo ha dicho el pastor Traettino: el Señor tiene *una* esposa.

El don más precioso que todos hemos recibido es el Bautismo. Y ahora el Espíritu nos conduce por el camino de conversión que atraviesa todo el mundo cristiano y que es una razón más para que la Renovación Carismática Católica sea un lugar privilegiado para transitar el camino hacia la unidad.

Esta corriente de gracia es para toda la Iglesia, no solo para algunos y ninguno de nosotros es el «patrón» y todos los demás, siervos. No. Todos somos siervos de esta corriente de gracia.

Junto con esta experiencia, recordáis continuamente a la Iglesia el poder de la oración de alabanza. Alabanza que es la oración de reconocimiento y acción de gracias por el amor gratuito de Dios. Puede que este modo de orar no guste a algunos, pero también es cierto que se inserta plenamente en la tradición bíblica. Los Salmos, por ejemplo: David que bailaba delante del Arca de la Alianza, lleno de júbilo... Y por favor, no caigamos en la actitud de cristianos con el «complejo de Micol», que se avergonzaba de cómo David alababa a Dios [danzando delante del Arca].

Júbilo, alegría, gozo, fruto de una misma acción del Espíritu Santo. El cristiano o vive el gozo en su corazón o hay algo que no funciona.

El gozo del anuncio de la Buena Nueva del Evangelio.

Jesús en la Sinagoga de Nazaret lee el pasaje de Isaías. Leo: «Me ha enviado para anunciar el Evangelio a los pobres, para anunciar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista. Para dar libertad a los oprimidos; para anunciar el año de gracia del Señor» (Lc 4,18-19; cf. Is 61,1-2). La *buena noticia*: no olvidéis esto. La buena noticia: el anuncio cristiano es siempre alegre.

El tercer documento de Malinas, «Renovación Carismática y Servicio del Hombre», escrito por el Cardenal Suenens y Dom Hélder Câmara, es claro: Renovación Carismática es también servicio del hombre.

Bautismo en el Espíritu Santo, alabanza,



servicio del hombre. Las tres cosas están indisolublemente unidas. Puedo tener una alabanza profunda, pero si no sirvo a los que más necesitan, no es suficiente. «Ninguno pasaba necesidad» (*Hch 4,34*), decía el libro de los Hechos Apóstoles.

No seremos juzgados por nuestra alabanza, sino por cuanto hicimos por Jesús: «Señor, ¿cuándo lo hicimos contigo? Os aseguro que cada vez que lo hicisteis con uno de éstos, mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis» (*Mt. 25, 40*).



Queridos hermanos y hermanas, os deseo un tiempo de reflexión, de memoria de los orígenes; de dejar atrás todo lo añadido desde el propio yo y transformarlo en una escucha y aceptación gozosa de la acción del Espíritu Santo, que sopla donde quiere y como quiere.

Agradezco a la Fraternidad Católica y al ICCRS la organización de este Jubileo de Oro, de esta Vigilia. Y agradezco a cada uno de los voluntarios que lo han hecho posible, muchos de los cuales están aquí. He querido saludar cuando llegué a los miembros de la organización, porque sé que han trabajado mucho. Y sin sueldo. Han trabajado mucho. La mayoría son jóvenes de distintos continentes. Que el Señor los bendiga abundantemente.

Agradezco especialmente que el pedido que os hice hace dos años de dar a la Renovación Carismática mundial un solo servicio internacional desde aquí haya empezado a concretizarse en el Acta Constitutiva de ese nuevo único servicio. Es el primer paso, siguen otros, pero pronto la unidad, obra del Espíritu Santo, será una realidad. «Yo hago nuevas todas las cosas», dice el Señor (*Ap21,5*).

Gracias, Renovación Carismática Católica, por lo que habéis dado a la Iglesia en estos 50 años. La Iglesia cuenta con vosotros, con vuestra fidelidad a la Palabra, con vuestra disposición para el servicio y con el testimonio de vidas transformadas por el Espíritu Santo.

Compartir con todos en la Iglesia el Bautismo en el Espíritu Santo, alabar al Señor sin cesar, caminar juntos con los cristianos de diferentes Iglesias y comunidades cristianas en la oración y la acción por los que más lo necesitan. Servir a los más pobres y enfermos, eso espera la Iglesia y el Papa de vosotros, Renovación Carismática Católica, también de todos vosotros: todos, todos los que habéis entrado en esta corriente de gracia. Gracias.

LA COMUNIDAD

◆ Creciendo en comunidad

Dios es comunión de amor, es un misterio: Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas divinas que forman un “Nosotros”. “Las personas divinas son realmente distintas entre sí: Dios es único pero no solitario” (Catecismo Católico nº 253 y 254).

Las personas divinas, inseparables en su ser, son también inseparables en su obrar (Catecismo C..n °267), sin embargo, cada uno tiene su propia acción:

- El Padre es el Creador, me creó como también a todo el mundo que me rodea.
- El Hijo es el Salvador, es el Redentor que me salva del mal y de la muerte.
- El Espíritu Santo es el Santificador, el que me da vida y transforma mi espíritu.

Contamos con el amor de Dios. Nuestra esperanza debe ser arrojarnos en sus manos amorosas: esta confianza nos lleva a superar las angustias y depresión.



En la creación Dios instituye la familia que es la comunidad humana: “Y Dios creó al hombre a su imagen, los creó varón y mujer”(Gén.1,26-27) “Por eso el hombre deja a su padre y a su madre para unirse a su esposa, y los dos llegan a ser como una sola persona” (Gén.2,24)

En este “hagamos al hombre a nuestra imagen” Dios nos está mostrando cómo debemos vivir en comunidad, a semejanza de la Comunidad Trinitaria. Nos creó un Dios comunitario, para vivir en comunidad con Él, con nuestros semejantes y con la naturaleza.

La base de toda Comunidad es la alianza de amor nueva, eterna y universal que Dios Padre hace con nosotros, en Jesucristo. Esta Alianza es la que tenemos que vivir en nuestro hogar, nuestra familia, con nuestros vecinos, nuestro país, en nuestra comunidad de Iglesia, en el mundo.

La Iglesia es una gran comunidad. El Espíritu Santo se manifiesta principalmente en comunidad, como lo vemos en Pentecostés cuando estaban todos reunidos con María; allí se derramó el Espíritu Santo regalando los dones y carismas.

La Iglesias es un cuerpo donde cada uno tiene su carisma y su ministerio sirviendo a los demás. Nos une nuestro compromiso de amor con Jesús y su Evangelio. Rom.12, 4-5: “Porque así como en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos tienen la misma función, así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo en Cristo y somos todos miembros unos de otros”. Cada uno tiene sus propios dones y carismas que el Señor le entrega para beneficio de la comunidad. Pablo dice que todos los carismas son necesarios para el buen funcionamiento del cuerpo, insiste en la misma dignidad y en la corresponsabilidad de todos. 1° Co 12, 7 “Dios da a cada uno una prueba de la presencia del Espíritu, para provecho de todos”.

En la Iglesia, que es ese cuerpo de Cristo, cada cristiano tiene una función particular para el bien del conjunto pues no todos sirven para lo mismo. 1° Co 12, 27-28 “Ustedes son el cuerpo de Cristo y cada uno de ustedes es parte de ese cuerpo. Dios ha querido que en la Iglesia haya, en primer lugar, apóstoles; en segundo lugar, profetas; en tercer lugar,

maestros luego personas que hacen milagros, y otras que curan enfermos, o que ayudan, o que dirigen, o que hablan en lenguas.”

El encuentro con Jesús lleva necesariamente al encuentro con el hermano. El primer mandamiento, amar a Dios va unido al segundo: amar al prójimo. Tenemos que aprender en el amor de Dios a aceptarnos unos a otros, vencer nuestro egoísmo. El Espíritu Santo, fuente de unidad, nos va capacitando para ser uno en nuestra diversidad. Todas las dificultades de las comunidades, comienzan y terminan en nosotros. Con frecuencia cuando me cae mal alguien es porque yo proyecto en ella mis temores, angustias, rechazos.

◆ **Los hermanos me ayudan a permanecer en Jesús y si me caigo, me ayudan.**



Jesús siempre se retiraba a orar antes de hacer algo. Nosotros también debemos orar antes de hacer algo, orar para superar las dificultades, para permanecer en la roca firme que es Jesús. Sentirme amada por Jesús y por mis hermanos, valorada y aceptada, me da confianza y da unidad al cuerpo, nos une como grupo. Me alientan llamándome por teléfono o dándome una palabra oportuna: esa llamada me da nuevas fuerzas, confortándome, de alguna manera, en las dificultades.

La Comunidad es camino y es vida, es el mismo Dios quien nos va ayudando a despojarnos del hombre viejo que todos llevamos dentro sacando nuestros egoísmos, nuestro pecado, enseñándonos a perdonar, sanando nuestro corazón. Aceptar al otro y tener paciencia es lo que nos cuesta pero acordémonos que Dios nos perdona y nos acepta. Gal 5, 25 y 26 “Si ahora vivimos según el espíritu, dejémonos guiar por el Espíritu; depongamos toda vanagloria, dejemos de querer ser más que los demás y de ser celosos.”

Se da la auténtica relación con el otro cuando soy capaz de aceptar la parte del otro que no entiendo pero la respeto. Una comunidad empieza a ser verdadera comunidad cuando dejamos de mirarnos el uno al otro para mirar juntos en la misma dirección.

Si veo una falla en mí, tengo que reconocerla y confesarla para que nazca en mí el amor en esa área de mi alma. Que no nos muevan las murmuraciones, ni las críticas nos afecten tanto. Lo primero es conocernos a nosotros mismos, nuestras cualidades y también nuestros defectos, para que ni los halagos ni las críticas nos alteren. Si nos critican, demos gracias a Dios porque en la luz del Señor y con su gracia, podremos corregirnos. En las dificultades, no nos olvidemos que Jesús está con nosotros y nos levanta.

Todo lo que uno tiene y es, lo recibe del Señor y también de los otros. Muchas personas nos han ayudado en el camino, nos han dado cariño, apoyo, nos han enseñado y también corregido. Todos los que me hicieron daño también me enseñaron pues el dolor hace crecer.

También es importante ser agradecidos: dar gracias por lo que el Señor nos da y también agradecer a nuestros hermanos lo que ellos nos dan. Tener nuestro propio magnificat con

la historia de mi vida, para dar gracias al Señor por todo lo que me da cada día, tener una memoria del corazón.

LO QUE DEBE ESTAR EN TODA COMUNIDAD

✿ CUALIDADES QUE DEBE TENER TODA COMUNIDAD

Amor: atender con amabilidad, buscando la comunicación con el otro.

1ª Juan 4,20 “Si uno dice:” yo amo a Dios” y odia a su hermano, es un mentiroso. Si no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve”.

Amistad: es la forma más sublime del amor. Estamos llamados a ser amigos. Amistad implica intercambio, comunicar lo que uno tiene y lo que uno es, entregarse por entero. El conocimiento de la otra persona es indispensable ya que no podemos amar lo que no conocemos.

Tolerancia: aceptar que el otro piense distinto, que tenga caminos y soluciones diferentes a las mías. En Col.3, 13 leemos: “Sopórtense y perdonense unos a otros si uno tiene motivo de queja contra otro. Como el Señor los perdonó, a su vez hagan ustedes lo mismo.”

Paciencia: aceptar las debilidades, las fallas del otro pues todos nos equivocamos. Aceptar que los tiempos del otro son diferentes a los míos.



Respeto: hacia las otras personas, sus gustos, sus pertenencias, su manera de ser. No tratar de cambiar al otro.

Lealtad: de unos con otros apoyándose mutuamente, corrigiéndose respetuosamente las faltas, evitando las burlas, la ironía, la dureza o la exposición pública. Las murmuraciones sólo dividen y en nada ayudan a construir la Iglesia de Dios. ¿Tienes algo en contra del hermano? Ve y díselo a él y soluciona el problema en el mismo grupo, no se necesita un interventor de afuera, tampoco pidas oración a un montón de gente por el hermano pues así las cosas no se solucionan y muchas veces se agrandan.

Ayuda mutua: el ideal de la comunidad es ser amigos, hermanos en Cristo. Jesús me llama a conocerlo y también me llama a conocer a mis hermanos, a compartir lo que ambos llevamos en el corazón, nuestras penas y alegrías, porque al no comunicarnos nos aislamos y dejamos de amar. También Jesús compartió con doce apóstoles, confió en ellos y los llamó amigos a pesar de que eran hombres que se peleaban, querían los primeros puestos, muchos eran violentos...

Col 3, 23 y 24 “Cualquier trabajo que hagan, háganlo de buena gana, pensando que trabajan para el Señor y no para los hombres. Bien saben que el Señor los recompensará dándoles la herencia prometida”.

Gal 6, 2 “Lleven las cargas unos de otros y así cumplan la ley de Cristo.”

Unidad: que en el grupo todo sea transparente. Para que haya unidad es necesario que superemos nuestro individualismo y nos adentremos en la común unidad que nos lleva a Jesús el Señor. Debemos estar unidos ya que somos una familia de fe, somos hermanos en la fe. La unidad está basada en el amor de Jesús, es la Palabra que se enraíza y crece en nuestro corazón y de ella damos testimonio con nuestros labios.

Ef 4, 1-6 “Os exhorto a que viváis de una manera digna la vocación con que habéis sido llamados, con toda humildad, mansedumbre y paciencia, soportándoos unos a otros por amor, poniendo empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Un solo cuerpo y un solo espíritu como una es la esperanza a que habéis sido llamados. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos que está sobre todos, por todos y en todos.”

Es importante apoyarnos mutuamente para lograr la unidad. Jn 17, 21 “Que todos sean uno como tú Padre, estás en mí y yo en ti. Sean también uno en nosotros: así el mundo creerá que tú me has enviado.”



La unidad es respetuosa del otro. Me interesa conocerlo más pero respetando las diferencias de lo que somos cada uno. El respeto lleva al perdón, el otro es distinto a mí pero nos une el amor a Jesús. Veamos lo positivo del otro, lo negativo lo entregamos al Señor para que él lo transforme.

La Renovación es una corriente de gracia pero si no tenemos unidad, no dejamos pasar esta corriente. El Señor pone la unidad pues ella es uno de los frutos del Espíritu: pidámosle al Señor que nos de la gracia de la unidad pero también nosotros tenemos que trabajar para lograrla. Nada de “el Señor me dijo” y me disparo por mi cuenta. Compartir la vida con mi comunidad, no sólo la oración. No seamos “llaneros solitarios”: Dios nos dio el ejemplo siendo un Dios de unidad: tres personas distintas en completa armonía. El Señor habla a través de la comunidad.

Orar: por cada uno de los miembros de la comunidad y sus necesidades.

✳ ENEMIGOS DE LA COMUNIDAD

Peleas: en ellas me coloco en un plano superior al otro y ¿quién me dijo que yo tenía la razón?

Las críticas: las críticas que se hacen secretamente dan lugar a las murmuraciones. Paremos los juicios y rivalidades. Debemos de ganar al hermano por el amor y no perderlo por la crítica.

Rom 14,10 “¿por qué criticas a tu hermano? o ¿por qué lo desprecias? Todos hemos de comparecer ante el tribunal de Dios.”

Las mentiras: pues es fácil que estas degeneren en calumnias y falsos testimonios. Una forma de mentir es exagerar y adulterar: adulteramos cuando agregamos o quitamos datos de lo ocurrido con el fin de impresionar al otro. Donde está Dios existe verdad. El demonio es el rey de la mentira.

Col.3, 9 – 10 “No se mientan unos a otros: ustedes se despojaron de hombre viejo y de sus vicios y se vistieron del hombre nuevo que no cesa de renovarse a la imagen de su Creador hasta alcanzar el perfecto conocimiento.”

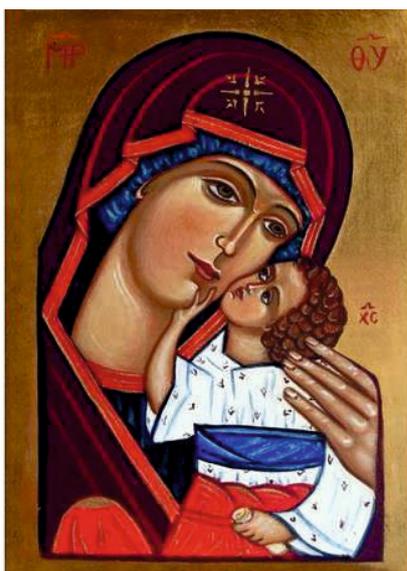
Za.8, 16 “Esto es lo que deben hacer: díganse la verdad unos a otros y cuando juzguen, pronuncien sentencias justas.”

El rencor y faltas de perdón impiden amar al otro, comprenderlo y ayudarlo.

Stgo.2, 14 “Hermanos, si uno dice que tiene fe, pero no viene con obras ¿de qué le sirve? ¿Acaso lo salvará esa fe?”

Rivalidades

Fil.2, 3 “No hagan nada por rivalidad o vanagloria. Que cada uno tenga la humildad de creer que los otros son mejores que él mismo”.



BIBLIOGRAFÍA

- BIBLIA DE JERUSALEN, Desclée de Brouwer, Bilbao, 2001.
- BENEDICTO XVI, *Deus Caritas est*, Ed. Paulinas, Bs. As.
- FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, Ed. Paulinas, Bs. As.
Amoris Laetitia, Ed. Paulinas, Bs. As.
- JARAMILLO, Diego, *Comunidades de la Iglesia primitiva*, Corporación Centro Carismático Minuto de Dios, Bogotá, 2006.
- BASONBRÍO, Eduardo, *El Espíritu Santo, formador de comunidades*, Ed. Lumen, Buenos Aires, 2000.
- ZARAZADA, Gonzalo J., *Dios es comunión*, Secretariado Trinitario, Salamanca, 2004.
- BAQUEDANO, Paulo, *Nueva Cultura de Pentecostés en Aparecida*, Libreria Editrice Vaticana